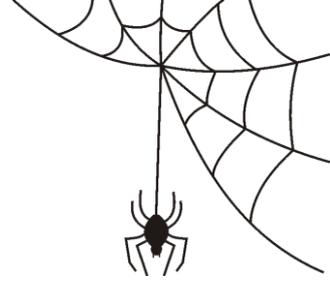


MI HISTORIA DE MIEDO



Vuelta a la página



MI HISTORIA DE MIEDO

Andrea Casco
Compiladora

*Libro de cuentos producidos por alumnos del Taller
de apoyo del Nivel Secundario del*

*Instituto Superior de Formación Docente
"Félix Atilio Cabrera"*

Casco, Andrea

Mi historia de miedo / Andrea Casco; compilado por Andrea Casco. -
1a edición especial - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Vuelta a la
página, 2017.

112 p.; 20 x 14 cm.

ISBN 978-987-4054-22-7

1. Cuentos. I. Casco, Andrea, comp. II. Título.

CDD A863

Edición y Corrección: Lic. Laura Occhiuzzi

Diseño de tapas: Vladimir – Vuelta a la página

Ilustración de tapa y diseño de interior: Karina Evelin Bogado

Hecho el depósito que indica la Ley 11.723

Fecha de catalogación: 02/03/2018

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,
almacenada o transmitida en manera alguna, ni por ningún
medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación
o de fotocopias, sin permiso previo del editor y/o autor.

"Los monstruos son reales, y los fantasmas también: viven dentro de nosotros y, a veces, ellos ganan".

Stephen King

Prólogo

Un buen escritor es, antes que nada, un lector sagaz. Es decir, alguien que cuando lee los textos de otros es capaz de llevarse aquello que necesita para su propia escritura, aquello que para muchos permanece oculto, invisible. Por eso, lo que descubrimos enseguida en un buen relato son las lecturas que hizo su autor mucho antes de sentarse a escribir.

En este caso, en este puñado de cuentos, vamos a advertir el admirable trabajo realizado por una docente y por sus alumnos a partir de la lectura de fuertes textos motivadores. No es posible construir literatura si no es a partir de la literatura misma. Todo surge de ese juego incansable de leer- escribir- leer- escribir como un proceso continuo que se realimenta a sí mismo todo el tiempo.

Las historias de terror son tan antiguas como el miedo. Seguramente, nacieron en las cavernas de la prehistoria como una necesidad de explorar lo desconocido, de sospechar mundos sobrenaturales y sobrecogedores para saciar los deseos del inconsciente. Por eso, tal vez, porque forman parte del colectivo de la especie, los adolescentes se sienten enseguida fascinados y dados a leerlas y también, como ocurre aquí, a reinventarlas a través de la escritura.

En todos estos textos se advierte trabajo, constantes reescrituras, algunos con más oficio que otros, pero ninguno desentona, tienen perfectamente claro lo esencial

de un cuento: un lenguaje natural, cercano al lector, y la adecuada dosificación de la información para provocar al final el asombro o el espanto.

Fue un placer leerlos. Ojalá encuentren muchos lectores.

Orlando Van Bredam



El horno

María Irupé Acuña

La señora que solía venir a mi casa me contó esta historia, que hasta hoy perdura en mi mente. Lo que les voy a contar ocurrió así exactamente a un matrimonio joven que vivía enfrente de la casa de esta señora. El joven, llamado Juan, era ayudante de albañil y su esposa María hacía comida que vendía a sus vecinos. Eran humildes y todos los muebles que poseían eran heredados de algún familiar.

Un día, el horno dejó de funcionar. Preocupados, ya que sin él no obtendrían dinero, fueron a comprar a una tienda uno nuevo. Pese a que el vendedor decía que el precio era de locos, muy barato, y con un plan de pagos, ellos nunca podrían pagarlo. Frustrados, se dirigieron a una de esas tiendas de pulgas y ahí obtuvieron una cocina con un horno ya usado.

Luego de que Juan la instalase, empezaron a suceder cosas sin explicación: los objetos aparecían en lugares donde no deberían estar, el gato que tenían no se quería acercar a la cocina... Una noche María se despertó a la madrugada por ruidos que provenían de ese lugar. Bajó las escaleras maldiciendo hasta que sus gritos despertaron a Juan, quien también acudió rápidamente. Vio a María en el suelo.

—¿Qué pasó, María? —le gritó.

Ella, en medio del llanto, respondió:

—El horno.

Juan se fijó y no vio nada raro, pero ella estaba convencida de que había visto algo, la figura de una niña que salía del horno y que la llamaba con la mano.

Los días pasaron. Las noches no eran las mismas para María. Aquella niña que vio la perseguía en sus pesadillas. ¿Qué es lo que quería de María?

Un día la joven no encontraba a su gato, al cual amaba tanto. Mientras lo llamaba, escuchó golpes que provenían del horno. María no tenía una explicación para ello, por lo que se limitó a acercarse al horno y, al abrirlo, quedó impactada por la grotesca imagen de su amado gato sin algunas de sus extremidades. Gritó el nombre de Juan para que viniera a socorrerla. Cuando llegó, se encontró con la “linda” imagen.

—María, ¿qué hiciste con el gato?

María, entre lágrimas y sollozos, le dijo que nada, pero Juan no le creyó.

Los sucesos se intensificaron y los problemas entre ambos también. ¿Acaso era esto lo que quería la niña? Los sueños de María traspasaron la realidad ya que solía despertarse con golpes y con moretones en los brazos y en

el cuello, otras veces solía experimentar la parálisis del sueño.

Un día Juan salió a tomar algo con unos amigos y le dijo a María que volvería antes de la medianoche. Ella aceptó ya que tenía que preparar unas tortas que debía entregar al día siguiente. El aroma a azúcar y a canela invadían la cocina. María, sin sueño, iba cocinando muy bien, hasta que oyó sonidos que provenían del horno. Creyó que eran sus tortas que habían reventado o algo así, pero al asomarse, vio que el cristal estaba manchado con sangre. De repente, se abrió la puerta del horno y dos brazos la tomaron mientras la acercaban al horno prendido.

—Ven, vamos a jugar en el infierno —dijo la niña—, pero su voz era la de un demonio. María intentó gritar, pero las palabras no le salían. Luego, pudo soltarse y la niña desapareció. La puerta estaba cerrada como si nada hubiese pasado.

María empezó a llorar.

—Esto no es real, nada es real —se decía a sí misma.

Quizás debía descansar y cuando despertara todo volvería a ser normal. María llamó varias veces a su marido, pero él nunca respondió al llamado.

La joven, al no tener novedades de su esposo, decidió tomar varias pastillas para dormir. Pero, como otras veces, de nuevo apareció la niña.

—¿Ves, María? —dijo con su voz gutural y apuntó al horno donde se encontraba alguien pidiendo ayuda. María no se inmutó, pero de su boca salieron estas palabras:

—¿Qué quieres de mí? —la niña sonrió y se empezó a acercar a ella...pero María despertó por un increíble olor a gas.

Se dirigió a la cocina y notó algo raro. Cerró el gas y, sin expresión alguna, abrió el horno. Ahí se encontraba su marido totalmente calcinado. Ella solo se sentó en el suelo. No dijo una sola palabra. Al otro día aparecía en los titulares de los diarios:



El día en que todo cambió



Rosario Palacios

La historia cuenta acerca de un niño de once años llamado José. Él era muy fanático de Halloween y de todas esas cosas de terror. Vivía en un barrio muy bonito, con su mamá María, con su papá Juan y con su única hermanita de ocho años, Eugenia. Ya llegaba Halloween y José estaba muy emocionado porque en su escuela se estaba organizando una fiesta. El evento se realizaría el día 31 de octubre desde las 20.00 horas hasta las 01.00. Pero José tenía que ir más temprano, ya que era el encargado de la organización.

En la tarde de aquel día, José, su hermana y unos compañeros iban caminando por la vereda de la escuela cuando vieron unas luces un tanto tenebrosas que salían de una casa vecina. Como todo niño, querían saber de qué se trataba. Eugenia le dijo a su hermano que no iba a entrar porque tenía mucho miedo. En realidad, José también tenía mucho miedo, pero no quería decirlo ya que pensaba que sus amigos se burlarían. Él siempre había sido el más valiente entre todos.

José le dijo a su hermana:

—¡Dale! ¡No seas miedosa! ¡Me hacés quedar mal con mis amigos!

Y así la hermana aceptó. Todos entraron y al cruzar la puerta, sopló un fuerte viento que la cerró y dio un terrible susto a todos.

Uno de los amigos de José, llamado Iván, dijo:

—¡No sean miedosos! ¡Es Halloween, seguro alguien está haciendo una broma! Eso debe ser.

Pero lo que no sabían era que no se trataba de ninguna broma. Al empezar a investigar dentro de la casa, encontraron otra puerta y nuevamente no pudieron resistir la tentación de entrar. Al abrirla, se encontraron con algo que los llenó de terror. Era un mundo casi igual al de ellos, pero a la vez, un poco cambiado. Luego de que pasaran todos, la puerta se cerró y desapareció.

Empezaron a recorrer el extraño lugar y se encontraron con seres muy raros que nunca antes habían visto. La primera impresión de los chicos fue que los iban a matar o hacer algún daño, pero no fue así. En realidad, fue todo lo contrario. Estos seres se comportaron de manera muy amable, los invitaron a su hogar y allí les ofrecieron alimentos muy deliciosos y ropa nueva. Después de comer, José dijo:

—¡Es muy tarde, tenemos que volver!

Todos pensaron que al preguntarle a los seres cómo volver, ellos no se iban a negar a ayudarlos. Pero no fue como lo pensaron. Se negaron rotundamente a decirles cómo volver. Los chicos se empezaron a asustar y al ver que los seres ya no parecían de confianza, idearon un plan para escapar.

Cuando los seres terminaron de comer, se durmieron y ese fue el momento exacto para que los chicos pudieran escapar, y así lo hicieron. Caminaron y caminaron pensando que encontrarían la puerta que los había llevado a ese mundo. Pero no fue así. De tanto cansancio, ya no podían más y fueron quedando uno por uno en el camino. Solo seguían José y su hermanita.

Mientras ellos luchaban por encontrar la puerta, en el otro mundo, el mundo real, los padres de estos hermanos buscaban sin descansar a sus hijos. Los compañeros les habían avisado que ellos jamás asistieron a la fiesta, lo cual era muy extraño porque habían trabajado durante meses para organizarla. Los padres sabían muy bien cuánto le gustaba Halloween a José.

Los padres de Eugenia y José los buscaron desesperadamente y esperaban encontrarlos sanos y salvos, pero eso jamás sucedió.

Nunca más se supo de José. Ni de Eugenia. Ni de sus amigos.





Historia de hechos reales

Alma Olmedo

Esta historia cuenta que un niño de tan solo diez años de edad fue a visitar a su abuela. Cuando llegó a su casa, empezaba el atardecer. La casa de la abuela era de dos plantas. En ese momento, él subió y entró a la habitación de la anciana, vio todas las cosas tiradas y al darse media vuelta, oyó el teléfono fijo que sonaba. Atendió con las manos temblando de miedo y preguntó:

—¿Sí?

Nadie contestaba.

—Deje de hacer bromas —dijo tartamudeando.

—Jajajajaja —Se escuchó de fondo una risa espectral.

El niño se desmayó.

En ese momento entró su tía y lo vio en el suelo. Además, observó toda la habitación desordenada, ropas tiradas. La mujer llamó a la ambulancia y a la policía. Pero con tanta mala suerte que justo en ese momento se cayó la señal y se cortó la luz.

En ese instante llegó el vecino de enfrente y le preguntó a la tía:

—¿Tienen luz?

—No tenemos. ¿Y usted?

—No, tampoco.

El vecino observó la habitación y salió rápidamente a su casa. Volvió con una biblia, empezó a rezar y dijo:

—Si estás aquí, contesta.

De pronto se cayeron la silla y la mesa. Y la tía murmuró preocupada:

—¿Qué está pasando?

—Está bien, le contaré la historia de los anteriores dueños de esta casa.

Y empezó a hablar:

—Hace muchos años en esta casa vivían unos muy buenos vecinos. Era una pareja muy solidaria. Pero esa felicidad no podía durar mucho. Esa feliz pareja se rompió luego de haber vivido diez años aquí, cuando falleció el marido. La chica cambió rotundamente desde ese momento. Apagó las luces de su casa y durante todo un mes no la vimos. Ella era muy bonita. Yo creí que se había mudado, ya que no había movimientos en la casa.

Un día me decidí y fui a golpear la puerta. Nadie atendió. Entonces fui a ver por la ventana y noté que estaban todas las cosas tiradas. Pero lo peor fue que había un cuerpo herido en el piso. Llamé a la policía. Ni bien entraron a la casa, se podía sentir una presencia extraña. No se podía explicar qué. Pero había algo raro. El oficial se dio media vuelta y sintió que le estiraban el brazo derecho, giró bruscamente y vio a la chica tirada en el piso toda ensangrentada, cortada, con un arma en la mano y un tiro en la cabeza. La otra mano de la chica apuntaba hacia un lugar específico. Él miró hacia la pared y en ella estaba escrito algo que decía:

TODO AQUEL QUE VEA ESTO SABRÁ QUE MI ALMA
VIVIRÁ EN ESTE BARRIO HASTA RECUPERAR A MI
ESPOSO Y AQUELLAS PERSONAS QUE VENGAN A
VIVIR EN ESTA MISMA CASA SERÁN CONDENADAS
A LA TRISTEZA ETERNA.

En esta explicación estaban el vecino y la abuela, cuando, de repente, el niño despertó gritando, ya que empezó a sentir cómo lo estiraban de la pierna y lo llevaban a la bañera. Él trató de ver quién lo estiraba y solo logró ver un gran bulto negro e intentó soltarse. No pudo. Vio que la bañera estaba rebosando de agua y, de repente, lo agarraron de los pelos y lo metieron dentro para ahogarlo. El niño murió a los pocos segundos. El violento espíritu tomó posesión de su pequeño cuerpo y salió de la habitación. En el pasillo, vio al vecino y le dijo:

—De nuevo nos encontramos, viejo amigo. —Con una cara burlona.

El hombre solo pudo decir:

—¿Estás bien, niño? ¿Qué te pasa?

—Él ya no existe. El niño murió, lo ahogué en la bañera. Soy tu peor pesadilla. Sé que tú mataste a mi esposo. Ahora tendrás que pagar, viejo —gritó el espíritu.

La tía llorando preguntó:

—¡¿Qué le hiciste a mi sobrino?! ¡maldito espíritu, no tenías nada en contra de mi sobrino, tu problema es contra el asesino de tu marido y tu alma que tendría que estar en el infierno!

A lo que el espíritu contestó:

—Jajaja, no sabes nada, ¿no? ¿no te acuerdas de lo que escribí en la pared? *todo aquel que viva en esta casa será condenado a la tristeza eterna.*

Amo ver a la gente sufrir, ya que yo sufrí al ver que el hombre de mi vida no volvió más a la casa.

—No tienes que matar a más gente para satisfacerte. ¿No te das cuenta de que a otras personas también les duele sufrir? Entiéndelo.

Y el espíritu se dirigió hacia la mujer, quien salió corriendo por la calle y paró una camioneta. Trató de explicarle al conductor, pero el hombre pensó que estaba loca y aceleró. La mujer giró la cabeza para ver si el espíritu seguía ahí, pero ya no estaba. De lo que no se percató fue de que corría más rápido que ella. Se dio vuelta y sintió el golpe del cuchillo en medio de la cabeza.

Luego de todo este caos, llegó la abuela y vio el desorden en la casa y a su hija ensangrentada en el piso de enfrente... La pobre mujer no entendía nada e inmediatamente llamó a la policía.

Cuando llegaron los oficiales, encontraron a la abuela y al vecino, escondidos en la casa. Totalmente paralizados de miedo. Los oficiales explicaron que el caso de la desaparición del esposo de aquella mujer había sido investigado y descubrieron que él había sufrido un accidente. Incluso, cuando investigaron en la casa, encontraron una nota en la biblioteca que decía:

AMOR, PERDÓN, PERDÓN POR NO AVISARTE ANTES,
PERO VIAJO AL SUR POR UNA URGENCIA.

TU ESPOSO

La policía llegó a la conclusión de que él se había marchado y que dejó durmiendo a su esposa para no molestarla. Él había viajado en un avión el cual sufrió una inestabilidad en el motor y se murieron todos los pasajeros cuando el avión se estrelló. Nunca pudieron avisar a la mujer, ya que nunca la encontraban cuando iban a la casa.

Luego de que el espíritu escuchara todo esto, empezó a llorar y llorar. Al ver esto la anciana quiso escapar, pero el espíritu le dijo:

—Gracias, en serio, gracias, ahora me puedo ir en paz... pero antes de irme te concederé tres peticiones. Dímelas, te las cumpliré.

Lo primero que pidió la anciana fue que les devolviera la vida a sus seres queridos, a los que ella misma había matado.

El espíritu le concedió esa petición y le dijo:

—Te quedan dos peticiones ¿Cuáles serán?

La anciana le dijo que se fuera y que no regresara. En ese momento, el espíritu desapareció rápidamente. El cuerpo del niño cayó, y al caer salió una luz resplandeciente de su pecho, pues el niño empezó a respirar. Poco a poco fue despertando y le preguntó a su abuela si todo había sido un sueño, a lo que su abuela contestó:

—Sí, hijo, sí, todo fue un sueño nada más, no te preocupes, todo está bien.

Y así fueron a ver al vecino que estaba junto al cuerpo de la tía y también, al igual que al niño, le salía una luz resplandeciente. Sus heridas y cortaduras poco a poco se fueron curando.





El huérfano

Francisco Luis Sanabria

Juan Del Monte era un niño de siete años, huérfano desde los tres. Sus padres y él habían sufrido un accidente de tránsito en el cual los adultos murieron al instante del choque. Pero él iba en la parte trasera del auto y solo recibió unos raspones. Juan había nacido el día seis de junio del año 1966 a las 03:33 de la mañana, en La Leonesa.

Al morir sus padres y no tener ningún otro familiar, las autoridades dispusieron que fuera llevado a un orfanato. En ese triste lugar él no hablaba con nadie, casi no comía y todas las madrugadas se despertaba exactamente a las 03:33 y se ponía a decir en un rincón del cuarto como un susurro: “ARDNEV ETREUM AL” seis veces exactamente. Luego, se volvía a dormir.

En los días de lluvia, se ponía a rezar hasta que parase, y según testimonios de sus compañeros, si uno lo miraba a los ojos, podía verse cómo uno moriría. Esto ocurría a los seis días posteriores a la terrible mirada.

En uno de esos días, uno muy lluvioso y muy oscuro, llegó desde Rawson una pareja de jóvenes recién casados

a La Leonesa, con la esperanza de una nueva vida en ese pueblo.

Luego de haberse establecido y con el pasar de los meses, decidieron adoptar un niño, ya que la esposa no podía tener hijos.

Después de mucho tiempo de buscar al niño que tanto deseaban y no encontraban, empezaron a inquietarse. Ya estaban pensando en rendirse y dejar de buscar cuando en el orfanato vieron al niño, ya un poco grande, pero que ellos veían muy tranquilo y que casi no hablaba con nadie: era Juan del Monte.

Para ellos, era el hijo perfecto, así que inmediatamente empezaron los papeles de adopción.

Luego de unas semanas de que a Juan lo adoptaran y fuera a vivir con su nueva familia, los padres lo notaron raro porque no quería hablar ni nada, solo se sentaba y miraba a la pared mientras decía una y otra vez en una forma muy baja como susurro “ARDNEV ETREUM AL”. Pero la joven pareja decidió no darle importancia y pensaron que era solo una frase que había aprendido en el orfanato.

Otra cosa rara que habían notado era que todos los días a las 03:33 el niño se ponía a llorar en un rincón de su cuarto. Cuando sus padres le preguntaban qué le pasaba, él decía: “Hay un hombre en mi cama que es todo negro y tiene alas, él me dice que me vaya con él, que él es mi padre”. Segun Juan, este hombre tenía una voz ronca y

muy grave. Los padres, al escuchar esto, solo pensaron que era una secuela del accidente de aquel día en que perdió a su familia biológica.

Al cabo de unos días y al ver que esto seguía pasando, decidieron llevar al niño a un psicólogo a ver qué opinaba. Muchos le decían que estaba loco, otros no podían entender lo que al niño le sucedía. Los padres no creían que su hijo era un loco. Decidieron cuidarlo y ver ellos por su cuenta qué podían hacer. Luego de unos meses, decidieron llevarlo con la curandera del pueblo, doña Fernández De Alvear, porque con lo que ellos hacían no veían ningún cambio.

La curandera le realizó una serie de "estudios" a Juan, y lo que les dijo a los padres fue lo siguiente: "Su hijo no tiene ninguna secuela del accidente, sino que él está amarrado por un pacto que habían hecho los padres biológicos con el mismísimo Lucifer para que al niño no le pasara nada hasta después de la muerte de los padres.

Los padres no le creyeron y dijeron que estaba loca. Pero al pasar las semanas, fueron notando que el niño hasta trató de comerse al gato, entonces decidieron llevarlo con la curandera otra vez.

Al llegar a la casa de la mujer, los padres le rogaron que lo viera de nuevo, pero ni bien lo hizo, la señora se desmayó y con sus últimas fuerzas logró decir: "¡Maten al chico, él no es su hijo, él le pertenece a Lucifer!", y luego murió.

Cuando llegó la policía, los agentes vieron la escena. Las pruebas apuntaban a los padres y decidieron presentar el caso ante la justicia para que resolviera acusar a la pareja por la muerte de la anciana. Al chico lo llevaron a vivir con su abuela materna adoptiva. Un día Juan y su abuela tuvieron una fuerte discusión y desde ese día a su abuela no la vieron más. Si le preguntaban, él solo decía que no sabía o que se había ido de viaje.

Los vecinos y amigos sospechaban que algo malo le había ocurrido a la abuela, pero al no haber muchas pistas ni encontrársele ninguna prueba, la policía no pudo inculparlo.

Él igual siguió viviendo en esa casa, aunque era menor de edad, nadie hizo nada. Hasta que un día, luego de cuatro meses de la desaparición de la abuela, decidió ir a la policía. “Yo soy Juan Del Monte. A mi abuela se la creyó desaparecida desde hace cuatro meses, pero bueno, confieso que eso es falso, yo vendí su cuerpo a Lucifer por mi vida eterna”. Los policías no le creyeron y lo trataron de loco, y lo que las autoridades resolvieron hacer fue llevarlo a un manicomio.

Él estuvo allí por dos años hasta que el lugar debió cerrar por falta de presupuesto y mandaron a los internos a distintos lugares.

Desde ese día no se supo más nada de Juan, pero dicen que en todos los lugares donde ha estado nunca volvieron a ser los mismos. A algunos de los que cierta vez tuvieron

contacto con él, ya ni se los encuentra...como si hubieran sido borrados del mapa...

¿Fin?



La historia de la familia Cáceres



Luciana Soria

La familia Cáceres estaba empezando una nueva vida luego del sufrimiento por la pérdida de la hija menor Eugenia. Todos los vecinos del barrio donde vivían, en conmemoración del alma de Eugenia, caminaban cada ocho de febrero, desde la parroquia San Cayetano hasta la casa de la víctima.

Relatan los vecinos que la muerte de Eugenia había sido culpa de su madre. La historia cuenta que una noche tormentosa del día ocho de febrero de 1992, la madre llamada María se tomó toda la bebida alcohólica que tenía en su casa y se emborrachó tanto que cuando vio a su hija Eugenia, de doce años, no la reconoció y la tiró del segundo piso. Dicen muchos que le había gritado que ella no era su hija. En ese momento, la hija más grande llamada Leticia escuchó los gritos de su hermanita y corrió a las escaleras cuando vio caer a la niña del segundo piso. Y luego, cuando vio a la mamá, corrió a su cuarto. La mamá fue detrás de ella con una botella rota en la mano, Leticia, sin pensar, entró a su dormitorio, se sentó en un rincón al lado de la cama y abrazó con fuerzas sus rodillas. Luego de unas horas todo se calmó y no se escuchó nada más.

Cuando intentó salir del cuarto, alguien abrió la puerta. Era su padre. La sacó de ahí y cuando vio a todo el mundo afuera de su casa y a su hermana en una bolsa arriba de una camilla, lo único que hizo fue llorar. Una señora la subió a un auto y ese fue el momento en que el barrio la vio por última vez. Muchos rumores decían que el padre la llevó lejos de la ciudad y otros, que se suicidó, hasta que una tarde allá por el año 2000 la volvieron a ver entrar a esa casa vestida de negro.

Sin embargo, nadie se atrevió a hablar con ella y luego de cierto tiempo ya no volvieron a verla salir de esa casa, solo advertían con cierta frecuencia a su marido Jonathan. Muchos decían que se la podía observar por la ventana, sentada en el cuarto que había sido de Eugenia, con una niña al lado. Otros, que la veían por la vereda a las tres de la madrugada vestida con el mismo camisón que había usado el día del incidente y con una botella en la mano. Pero nadie sabía lo que pasaba en realidad en esa casa a las tres de la madrugada.

Los policías que investigaban el caso dejaron saber que años atrás, antes de que la joven volviera a su casa, ellos habían entrado a inspeccionar el lugar y encontraron cruces por todas las paredes y rasguños por las escaleras. Varios agentes contaron que la última vez que entraron sintieron que alguien los vigilaba. Cuando la pareja se instaló de nuevo en la casa, trataron de volver, pero el marido ya no los dejó pasar. Aún reciben llamadas de personas que escuchan gritos de esa casa y que son demasiado fuertes.

Los vecinos sospechaban que debía haber algo demoníaco en esa casa. El día catorce de marzo de 2001 no lo olvidarán jamás. La tragedia nuevamente envolvió al lugar. Era una noche tormentosa cuando encontraron los cuerpos sin vida de Leticia Cáceres y de Jonathan Cáceres.

Desde ese momento, cada ocho de febrero y cada catorce de marzo ocurría un asesinato en alguna familia del barrio. Siempre, cada ocho años, el terror reaparecía entre los vecinos de aquel lugar.





La historia de la niña más bella

Fiorela Duarte

La historia cuenta que una niña muy bonita, llamada Luisina, era la envidia de todo el pueblo en el cual vivía. Pero esta preciosa niña sufría sonambulismo constantemente y los principales sueños que tenía la niña se trataban de cementerios, casas embrujadas, lagos; en fin, todo lo más aterrador para las personas.

Un día la niña se levantó gritando, llorando y muy aterrorizada, ella decidió escapar de su casa para ir al cementerio. Al llegar, se sentó en una de las tumbas.

Esta era peculiar ya que era la tumba de un antiguo gobernante del lugar. Todos comentaban que él había sido de lo peor ya que se decía que extorsionaba a las personas hasta causarles la muerte.

La niña, al amanecer, volvió a su casa, pero en la noche cayó en un sueño muy profundo del cual no podía despertar. Ella, en sueños, gritaba palabras extrañas que sus padres no entendían.

Ellos consideraron llevarla a la curandera. Al empezar la sesión, la escalofriante mujer le dijo que la niña estaba al borde de la muerte ya que el alma de aquel antiguo

gobernante controlaba su cuerpo, provocaba que Luisina tuviera pesadillas y que se hiciera daño a ella misma. Lo que la mujer consideró hacer para que el alma del hombre abandonara su cuerpo fue citar a los padres y a la niña en el cementerio cuando el sol se escondiera para poder empezar con el ritual. Este consistía en rodear a la niña con ocho velas hechas con cera y con huesos molidos y bañarla en agua bendita. Esa era la única manera por la cual el alma abandonaría el cuerpo.

La niña, controlada por el espíritu del hombre, al oír eso salió huyendo del sitio. Llegó la noche y no regresaba a casa, los padres decidieron intentar al día siguiente, sin pensar que ya no vivirían.

Ya al amanecer, Luisina entró al dormitorio de los padres y, sin piedad, los mató. Luego, se escabulló hasta la casa de la curandera para también matarla. De esta manera, la niña continuó a diario con más víctimas que las encerraba en el ático de su casa, todo esto era para satisfacer las ganas de seguir matando personas que tenía el hombre por el cual ella era controlada.

Un día los vecinos empezaron a ver ciertas conductas extrañas y no veían a los padres de la niña, entonces un grupo de vecinos decidió entrar a la casa para investigar. Al entrar, sintieron un espantoso olor que provenía del ático. Allí pudieron ver todos aquellos cuerpos tirados. Los vecinos salieron huyendo y llamaron a la policía.

Pero la policía no podía encontrar a la niña. Todos estaban seguros de que la pobre estaba loca. Hasta

consultaron con una curandera de un pueblo vecino. La mujer reveló lo que padecía la niña y propuso la misma solución. El único problema era que el alma del hombre se había aferrado tanto al cuerpo de la niña que era poco probable que funcionara por completo. Esto condujo a pensar en otra solución más escalofriante. La mujer dijo que la segunda opción era infalible: matarla. Era la única forma de separarla del alma del hombre. Esto dependía de lo que decidieran los vecinos. Después de tanto pensar, decidieron matarla, cosa que fue cumplida. Para ello, hicieron un pacto de silencio: nunca volverían a hablar de lo ocurrido.

Esta es la historia de la niña más bella, pero con un final muy malo. Incluso, cuentan que hasta hoy los pueblerinos no hablan de qué sucedió finalmente con Luisina. Cómo y quiénes habían concretado el hecho. Y desde entonces no hubo otra niña llamada con aquel nombre en aquel lugar...



Un portal al inframundo



Sofía Cuellar

Mi hermano tenía dieciocho años. Ni bien terminó el colegio, se puso a trabajar en una casa donde vendían espejos de todo tipo: redondos, cuadrados, triangulares, ovalados, de cualquier forma, hasta los que no te imaginás. Eran demasiados, tantos, que daban miedo porque se decía que una vez un cliente con un aspecto no muy agradable y una “vibra” bastante sospechosa entró a la tienda decidido a comprar el espejo más caro del lugar. Así, mi hermano Ricardo le mostró los más bellos y con un presupuesto aceptable, pero el sujeto le dijo con una voz gruesa:

—Todos son simples y baratos. Yo quiero algo que espante, que cueste caro y que sea viejo. ¡Denme algo de lo que quieran deshacerse hace mucho!

Tan enojado estaba el hombre que le dijo a mi hermano:

—Escucha con atención, joven, más te vale que mañana cuando venga a primera hora del día, tengas el espejo que te pedí.

Ricardo esa misma noche recordó que, en el escalofriante depósito de la tienda, había un espejo antiquísimo que había pertenecido a una familia donde Dios no era bienvenido, según lo que la gente decía.

Al día siguiente Ricardo se levantó más temprano que nunca, estaba tan nervioso que no había podido dormir en toda la noche. Pero eso no lo detuvo, Ricardo tomó su bicicleta y fue a la tienda.

Al llegar, bajó rápido al depósito, llevaba con él un rosario e iba rezando el padrenuestro y cuando parecía estar cada vez más abajo, se escuchaba cada vez más fuerte la voz temerosa de Ricardo que decía:

—¡Padrenuestro que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!

Temeroso, Ricardito encendió la luz y ya un poco más tranquilo vio el gigantesco espejo. Era hermosamente terrorífico. Ricardo bajó el espejo y se reflejó perfectamente, pero, como pesaba mucho, subió a pedirle ayuda a la empleada que trabajaba ahí. Al reflejarse Ricardo, una imagen perturbadora se apareció en el espejo. Parecía un alma atrapada en aquel espejo. Pero creo recordar que no era una sola presencia, sino que eran varias las que habitaban aquel espejo.

Al estar abajo, Ricardo y la mujer, cuyo nombre él jamás recordaba, escucharon unos ruidos de pasos. La joven y él se miraron, pero no dijeron nada. Al sentir una presencia y aquellos ruidos —porque hacían más ruido que cien

personas juntas— pensaron que aquellas almas se ocultaron dentro de ese siniestro espejo.

Cuando Ricardo y la joven estaban subiéndolo, ella se miró en el espejo, se sonrió e insinuó algo que a Ricardito le incomodó:

— ¡Qué bella soy!, ni los muertos son más hermosos que yo.

Ricardo no entendió lo que dijo y pensó entonces que tenía dos opciones: la primera era guardar silencio y la segunda, preguntarle qué significaba esa frase. Él prefirió callar, no quería saber qué verdad se ocultaba detrás de lo que la mujer había dicho.

Al estar a un escalón de la puerta, el espejo empezó a agitarse y no sabemos si solo era la mente de Ricardo o lo que él afirmaba: que se escuchaban voces muy raras y atemorizantes. Aparentemente decían:

— ¡Libéranos, libéranos, te ayudaremos!

Más o menos se escucharon esas voces unas veinte veces. Ricardo juró por lo máspreciado que él había visto en el espejo reflejarse como un portal donde vio algo que ni él podía describir. En ese momento, pegó un grito aterrorizado y casi dejó caer el espejo. Si no hubiera sido por la muchacha, se habría caído.

La muchacha le preguntó:

—¿Qué te pasa, Ricardo? Casi dejás caer el espejo ¿Te sentís bien?

Ricardo quedó en shock. No podía decir nada. Cuando ya estaban arriba, a los cinco minutos llegó el extraño sujeto. Ricardito se levantó y le dijo:

—Este es el espejo ideal para usted: grande, hermoso y tenebroso como usted.

El hombre quitó la sábana con la que Ricardo y la muchacha habían cubierto el espejo y dijo impresionado:

—¡Maravilloso! Excelente lección, hijo. Ahora ya no estás en peligro.

Ricardo no entendió lo que dijo. Y con su voz llena de miedo le respondió al hombre cuyo nombre era desconocido:

—¿Bueno? Me alegro de que le haya gustado.

-Mi nombre es Bascaltur —dijo el sujeto —, el único que existe y vine a llevarte al más allá, donde ni los silbidos de los muertos te sacarán de aquel lugar.

Y en ese instante, el loco empezó a decir:

—Bascaltur me llamo, soy el rey de los miedos, la envidia, el odio, y mucho más. Y a ti te ordeno que te abras. ¡Ahhh!

Y los gritos de Bascaltur se fueron agudizando hasta llegar al punto de lo insoportable. Y fue cuando todos los espejos que estaban a su alrededor se partieron en millones de pedazos.

Pero... ¿qué creen? Aún hoy discutimos en casa si esto en realidad pasó, si Ricardo lo imaginó, si fue una pesadilla, si en realidad sucedió... él jura que sí... A la joven que trabajaba allí jamás la encontramos...pero los millones de pedacitos de espejos rotos, sí...



Khira Gundersen

Catalina Barrios

Khira Gundersen era una niña nacida en Rusia. Tenía un cabello totalmente negro y ojos de color marrón claro. A la edad de 4 años, se mudó a la ciudad de Santa Fe con su papá Rueben, su mamá Irina y su hermana menor Eleni. Era una familia totalmente feliz. Ellos tenían una casa enorme, estaban llenos de lujos, pero, a pesar de eso, Khira era una niña muy antipática desde pequeña.

Las emociones no eran algo muy común en ella: no lloraba, no le gustaban mucho los juguetes, siempre le llamaron la atención los libros de historia religiosa y satánica, a pesar de su corta edad. Los padres no tenían problemas con su hija, era inteligente y dedicada. No hablaba mucho, a decir verdad, casi no hablaba. Otros familiares que la conocían apenas pensaban que era por no saber el idioma, pero la niña manejaba el español fluidamente. Se sorprendieron al saberlo, porque la niña nunca había estudiado dicho idioma, pero, al parecer, conocía muchos.

No tenía parecido alguno con sus padres o familiares, toda su familia tenía cabello rubio dorado y ojos celestes. Eso les había llamado bastante la atención. Pero con el

tiempo se fueron acostumbrando a los rasgos y a los raros hábitos de su pequeña hija.

Eleni había cumplido ocho años y Khira, diez. A pesar del amor y el cariño brindado por parte de sus familiares, la niña nunca había dado un simple abrazo o beso a sus padres.

Una noche, ellos cumplieron aniversario y dejaron a las niñas con su abuela Marta. La familia vivía en una zona rural de la provincia, así que debían pasar por una larga y solitaria carretera para llegar a la ciudad.

Una vez terminada la cena, los padres iniciaron el regreso a casa a la medianoche. Ya casi por llegar, una inesperada tormenta se lanzó. Llovía mucho, así que decidieron ir más despacio porque el camino se llenaba de agua. De repente, la pareja se asustó, ya que vieron una silueta, solo la reconocieron por los ojos dorados que se encendían en la noche. Pararon porque pensaron que era un animal. Bajaron, y para su sorpresa, este se esfumó. Pero esto no los sorprendió, Irina pensó que era un animal que había huido. Cuando estaban por subir al auto, escucharon un susurro que decía:

— "Dentro de poco iban a saber la verdad sobre mí... lo siento... No puedo permitirles ese honor..." —Seguido de una risa burlona.

—¿Escuchaste eso? —gritó Irina muy asustada.

—¡Sí! ¿De dónde vino? —exclamó Rueben.

—¿Quién eres, y qué vas a hacernos? —preguntó atemorizada y gritando Irina.

—Soy una persona, si es que se puede decir así. —Serio—. Muy cercana a ustedes, no se preocupen por lo que les haré, no vivirán para contar la experiencia —dijo seguido de una carcajada.

Sin pensarlo dos veces, corrieron atemorizados al auto. Pero este no encendía. Irina, llorando a mares, empezó a perder el aire y, de un momento a otro, se desmayó.

Rueben estaba desesperado y no sabía qué hacer. En ese momento el auto se encendió solo y dio marcha atrás. Él se asustó porque no estaba haciendo nada, fue como si el auto hubiera cobrado vida propia. Logró parar el motor e Irina despertó. Bajaron del auto decididos a correr.

Pero un rayo cayó al lado de ellos. Los aturdió tanto que se desplomaron en el piso. Empezaron a escuchar voces, risas, susurros y zumbidos, estaban muy mareados hasta que el ruido, de la nada, paró. Intentaron orientarse y se arrodillaron, rogaron que parase, ya no podían más.

—Está bien, es hora de acabar con el sufrimiento...

Y en un abrir y cerrar de ojos, el ente se les apareció a pocos centímetros, y con sus largas garras apuñaló a Irina. Rueben se partió en llanto, junto a su esposa.

—¿Por qué nos haces esto? —gritó.

—Si se enteran qué soy, me matarían también, y no dejaré que eso pase —susurró.

Antes de que él pudiera preguntar algo, el ente lo lanzó hacia un árbol a metros de distancia y Rueben murió.

Mientras tanto, en su casa, antes de que estos hechos ocurriesen, la abuela mandó a dormir a las dos pequeñas. Khira y Eleni fueron a sus respectivas habitaciones. En la madrugada, un rayo cayó en un árbol cerca de la ventana de Eleni y de un salto se levantó, miró hacia la ventana y vio una sombra que parecía ser una niña de ojos dorados brillantes.

Eleni gritó de espanto, tan fuerte, que despertó a su abuela. Rápidamente la abuela subió al segundo piso, donde se encontraba la pequeña, que le comentó lo que había observado.

Su abuela le dijo que solo era el árbol. Así se volvía a dormir. La abuela Marta fue a ver qué tal estaba Khira, pero se asustó cuando vio que no se encontraba en la habitación. Escuchó el sonido del timbre de la puerta. Se sorprendió. ¿Quién tocaría el timbre a la una de la madrugada?, y recordó que los padres de las niñas no habían vuelto, así que imaginó que serían ellos, bajó a ver y no había nadie. Subió nuevamente preocupada por no encontrar a Khira, pero para su sorpresa, cuando fue a ver nuevamente, la niña estaba en su cama durmiendo. Así que se despreocupó.

Fue a la sala de abajo y se durmió esperando a Irina y

Rueben. Al llegar el día, vio que los padres no habían vuelto. Estaba a punto de llamarlos cuando escuchó el timbre, abrió la puerta y se encontró con un policía:

—Oh, disculpe, señora, me habré equivocado, estoy buscando la casa de Rueben e Irina Gundersen —dijo el policía.

—Sí, señor, es acá, ¿hay algún problema? —Quiso saber Marta.

—Emmm... ¿usted es familiar de alguno de ellos? —preguntó.

—Sí, soy la madre de Rueben... ¿Hay algo que tenga que decirme, señor? —preguntó Marta.

—Bueno...necesito hablar con usted, señora... —dijo el policía en voz baja.

—Adelante, pase, puede tomar asiento —dijo Marta, muy amablemente.

El policía pasó a la enorme sala, tomó asiento en un sillón y empezó a preguntar:

—¿Por qué está usted en la casa de los Gundersen?

—Mi hijo fue a cenar por su aniversario con Irina, y me dejaron a cargo de las niñas. Cumplen 20 años de casados. ¿Sabía? ¡Estoy muy contenta por ellos! —dijo muy feliz

Marta.

—Las niñas están con usted entonces... ¿A qué hora se fueron? —preguntó el policía.

—A las 10:30 de la noche aproximadamente... Mmm, ¿por qué me está preguntando esto, señor...? Disculpe... ¿Cómo se llama? —preguntó Marta.

—Mi nombre es Alejandro Díaz, disculpe.

—Bueno, Señor Díaz, no me respondió la pregunta que le hice.

—Señora... Su hijo y la señora Irina... fallecieron anoche...

—dijo apenado el oficial Díaz.

—¿¡Cómo dice!? ¡Eso no puede ser! —gritó alterada.

—Como escucha, señora, lamento darle la noticia. La señora Irina fue apuñalada y atacada por un animal feroz, o al menos es lo que pensamos por ahora. Y el señor Rueben murió por la fractura de la columna y el cuello, al parecer fue lanzado contra un árbol.

—No puede ser... Salieron a cenar nada más... estaban tan felices de iniciar una nueva vida aquí... no lo entiendo —exclamaba Marta cuando estalló en lágrimas de dolor.

Más tarde la señora Marta despidió al oficial y subió a la habitación de las niñas. Primero fue a la habitación de la

más pequeña, la llevó al cuarto de Khira y les contó lo que había pasado cuidadosamente. Juntó fuerzas para no llorar y las abrazó. Eleni lloraba desesperadamente, Khira se abrazó a ellas, pero no hizo ninguna mueca, no manifestó ninguna emoción.

La investigación de la muerte de la pareja duró mucho tiempo y causó mucha intriga a la gente del pueblo. Tres meses después, la investigación se cerró, ya que no había pruebas suficientes como para saber qué o quién había sido.

La hermosa y lujosa casa de los Gundersen pasó a sus hijas, ya que eran las herederas, pero aún no podían tenerla legalmente. La abuela era la apoderada de ambas. Por eso todo ese tiempo las cuidó.

Pasaron unos años y Khira empezó la escuela secundaria en un nuevo lugar. La gente se llevaba bien con Eleni, pero Khira, como era de esperarse, era bastante antisocial. En todas las clases le iba bastante bien, eso llamó la atención de todos. Había un grupo de niñas que siempre la molestaba, eso a ella no le hacía mucha gracia. Pero, en especial, Khira llamó la atención de un chico bastante particular, Matías. Todas las chicas estaban enamoradas de ese chico. Como Khira, Matías era muy antipático y antisocial.

Al terminar la jornada, Matías fue a saludarla, Khira lo saludó amablemente, se dio la vuelta y se fue. Matías la siguió y estaba intentando sacar tema de charla. A sus amigos les sorprendió, él no era de hacer eso.

Khira no le hacía mucho caso al principio, pero se fue acostumbrando a su amistad y a que estuviera siempre acompañándola, hasta llegó a notar un poco de interés por parte de Matías. Él no la molestaba.

Poco a poco, Matías empezó a acercarse cada vez más. Un día, convencido de que sentía amor por Khira, le robó un beso y le hizo frente a sus miedos, porque sabía lo mal que ella podía reaccionar, pero eso no le importó.

A la salida de la escuela, Khira notó a Matías muy nervioso y le preguntó qué le pasaba. Él, sin decirle nada, le robó un beso.

Khira no supo cómo reaccionar ante esa incómoda situación, así que se fue a su casa. Al llegar, vio que no había nadie, pero no le dio importancia, subió a su habitación, se sentó en la cama y empezó a pensar en lo que había pasado, estuvo bastante confundida, nunca había sentido eso en su vida.

—¿Será esto lo que llaman amor? —dijo.

Se le escapó una sonrisa, se quedó pensando y seguía con unas raras sensaciones.

Pasaron las horas. Su abuela y Eleni no volvían. Ella no tenía idea de adónde habían ido, y tampoco sabía cuándo regresarían. Ya casi se hacía de noche y no volvían, esto no preocupaba a Khira, pero sí le parecía extraño.

Al llegar la medianoche, Khira estaba por ir a dormir y, de repente, el timbre sonó. Fue a ver. Abrió la puerta y

vio que era Matías, que la empujó dentro de la casa. Sin dejar que ella reaccionara, le dijo:

—Ya sé la verdad de vos... Ya sé lo que sos... No te preocupes, no somos tan diferentes.

—¿Sabés la verdad de qué? ¿Que soy qué? —dijo Khira.

Sin decir más nada, Matías le dio un sobre en el que había papeles y hojas que explicaban todo sobre Khira.

Esta niña de 12 años era, por así decirlo, una hija del demonio. En ese sobre había páginas de libros de brujería, de historia satánica, de periódicos con noticias trágicas de personas asesinadas bestialmente en Rusia. En una de las páginas de un libro de historia satánica, hablaba sobre la creación de la hija del demonio que tuvo su origen antes de la formación del universo en un lugar llamado "macrocosmos", que nació tomando forma de humano, pero esto no cambiaba la capacidad de tener el poder de una bestia endemoniada. Esta chica podía tener garras hasta de 10 centímetros, podía transportarse a ciertas distancias, tenía ojos capaces de hipnotizar y marear a sus víctimas y sus dientes eran como cuchillas de cinco centímetros. Tenía la capacidad de mover las cosas con la mente. A sus víctimas podía hacerles sentir "un dolor de muerte" sin siquiera tocarlos.

Los periódicos hablaban sobre los asesinatos de aproximadamente unas dieciséis personas, en la ciudad de Even, Rusia. Nunca se supo qué o quién había asesinado a estas personas, pero algo que todos tenían en

común es que tenían marcas de garras en diferentes partes del cuerpo.

Khira estaba algo triste, en el momento no supo que era tristeza lo que sentía, pero también empezó a tener pena, ya que cada persona que descubría la verdad sobre este ente iba a morir.

A punto de ser hipnotizado, Matías dijo:

—No te preocupes, yo sé que ahora me querés matar. Pero ambos tenemos algo en común: somos sobrenaturales...

—¿Perdón? —dijo Khira.

—Antes de que yo naciera, mis papás viajaban a todas partes del mundo en busca de misterios. Cuando fueron a una selva en Brasil, encontraron algo inesperado, una bruja. No cualquier bruja. Esta bruja habitaba la Tierra desde sus orígenes, nunca había tenido contacto con un humano, hasta que mis padres quisieron conocerla. Saber los verdaderos misterios que se ocultaban en la Tierra. Esta bruja no tenía buenas intenciones. Mis padres descubrieron eso y decidieron buscar la debilidad de la bruja. La hallaron: era el fuego.

Antes de que esta bruja los matara, ellos la condenaron a morir quemada. Pero antes de morir, dejó una maldición a mi madre: cualquier hijo que tuviera, iba a poseer el poder de las llamas. La bruja prometió que nada sería fácil, que eso algún día terminaría con ellos o conmigo.

Todo iba bien, hasta que eso pasó. Maté a mis padres. No volví a ser el mismo.

También... soy una bestia para muchas personas, es decir, puedo convertirme en una especie de lobo enorme y feroz. Nadie puede saberlo, si alguien se entera y me mata, la maldición pasará a esa persona. El fuego, para mí, no es un amigo sino un enemigo. No hay forma de controlarlo, al igual que cuando me convierto. Me voy de mí mismo. No hay nada que pueda hacer para pararme. Yo también maté a mucha gente, pero a diferencia de vos, yo no tenía razón alguna.

—Entiendo, no somos tan diferentes, nadie puede saber nuestras verdades. Necesito tu ayuda. Sé que contaré contigo, porque vos vas a contar conmigo, pero si algo sucede, no dudaré en matarte, por más que me cueste — dijo Khira.

Luego de que todo esto pasara, la abuela y Eleni llegaron a casa. Encontraron a Matías y Khira charlando, pero no escucharon lo que decían.

La abuela entró, los saludó con una voz más rara de lo normal, con una voz temblorosa, ni siquiera preguntó quién era el nuevo amigo de Khira, fue directamente a la cocina. Eleni sí los saludó amablemente a ambos y subió a su habitación. Khira notó la situación bastante rara. Cuando Matías se fue, Khira fue a ver a su abuela, quien al notar que entró a la cocina se asustó.

—¡Khira! Me asustaste —dijo con una risa nerviosa.

—Ah, qué bien —dijo Khira, acercándose lentamente.

—¿Qué bien?, Khira... ¿Qué hacés? ¿Por qué te me acercás así? —preguntó la abuela con miedo.

—No sé... ¿Por qué estas así de miedosa, abuelita querida?

—Por nada, solo que me enteré de algo que me tiene preocupada. Nada más —dijo la abuela, riéndose muy nerviosa.

—¡Ja ja! Es algo de mí, lo sé... ¿Te enteraste la verdad? ¡Ja ja! No importa. Ya no te va a importar eso —dijo Khira, con una voz provocadora y con una risa burlona.

Antes de que la abuela dijera algo, Khira la hipnotizó. Hizo que fuera hacia el patio trasero de la casa, y ahí la mató. Le hizo cortes muy profundos en la garganta antes de que gritara y le rasguñó la cara.

Khira subió a su habitación y dejó a su abuela tirada en el pasto. No dejaba que Eleni saliera hasta que encontraran el cuerpo.

Así, se hizo de mañana. Un vecino que pasaba en su camión de remolque la encontró y llamó a la policía para informar. Cuando esto pasó, las niñas tuvieron que soportar muchas preguntas. Mucha gente creía que un animal estaba matando a la gente del pueblo. Nada se supo. Otros decían que no había ningún humano capaz

de hacer eso.

A la semana, velaron a la abuela Marta en una cochería del centro de la ciudad. Ahí estaban todos los familiares y amigos. Entre toda la gente, estaba un hombre desconocido para todos. Antes de que la ceremonia terminara, ese hombre salió. Se había ganado la mirada de Khira, que lo empezó a observar con atención. Discretamente Khira dijo que iba a salir a tomar aire y siguió al hombre. Al llegar a la esquina, el hombre se dio cuenta de que ella estaba atrás y salió a correr. Tomó la peor decisión de su vida. Khira no se molestó, se teletransportó justo delante de él. El hombre gritó, pero, inmediatamente, ella lo mató. Había dos chicas observando detrás de un árbol. Antes de que salieran a correr, Khira se les puso detrás. A una, la atacó y mordió en el cuello. A la otra le cortó la garganta.

Los dejó ahí. La misma historia volvería a contarse: un animal era seguro el culpable. Ella creyó que había terminado con la gente que la había visto. Así que regresó al lugar donde estaba su abuela. Estuvo sentada ahí unos cinco minutos. Pero, de repente, se empezaron a escuchar sirenas de policía en la entrada del lugar. Entraron a la habitación y un hombre desconocido dijo:

—¡Ella lo hizo! ¡Yo la vi! —gritando desesperadamente.

Los policías intentaron atraparla, pero los familiares los detuvieron. Aunque contaron lo que pasó, ellos seguían defendiendo a la niña.

Ella se paró en la silla donde estaba, todos se dieron vuelta a mirarla. Un policía sacó un arma discretamente detrás de su espalda para que ella no se diera cuenta.

Ella lo miró fijamente.

—Suéltala, ahora —dijo con calma.

El policía no obedeció. Ella sonrió. En contra de la voluntad del policía, sus manos se despegaron del arma. Quedaron todos sorprendidos, Khira le quitó el arma sin siquiera tocarlo. Dos policías intentaron atraparla por atrás, ella se les adelantó y los hizo volar hacia la pared. Nadie sabía qué pasaba. Quedaron todos horrorizados. Nadie supo cómo reaccionar ante esto, la niña pidió permiso y se retiró. Nadie la siguió. Momentos más tarde llegó una ambulancia al lugar, atendió a los hombres: uno murió por romperse la espalda, el otro estaba grave. Nadie supo dónde había ido Khira, no volvió a su casa. Pero ya todos sabían que las muertes de las personas en la calle y la de su abuela Marta fueron causadas por ella. Luego, pensaron que la muerte de sus padres también fue causada por ella. Todo parecía coincidir.

Khira no se detuvo, siguió matando a todos los testigos con su poder. Los muertos eran cada vez más, pero cada uno moría de una forma distinta. Alicia, su tía, murió ahogada. Pedro, un policía, murió decapitado. El policía, que tenía el arma, murió por un disparo en la cabeza. Otras cinco personas murieron quemadas y unas tres personas más murieron por mordidas en la garganta, diferentes a las de Khira. Fueron asesinadas por Matías.

Él fue cómplice de la mayoría de los asesinatos.

Pasaron unos cuatro meses y no se supo más de Khira ni de Matías. A pesar de que nadie sabía la verdadera identidad del chico, muchas personas empezaron a reflexionar sobre su comportamiento. Creyeron que era igual a Khira. Era obvio que los familiares o amigos lo negaban, porque no sabían la verdad.

Pasados ocho meses de búsqueda constante, en Santa Catalina (Córdoba), apareció un joven en el hospital, totalmente desfigurado. Nadie sabía de dónde venía ni quién era. Cuando llegó al hospital, lo hizo con una chica, tampoco sabían quién era. Tenía el cabello negro, ojos marrones, era bastante seria. Cuando le preguntaron qué les había pasado, ella les dijo que estaban caminando por la ruta y que él empezó a molestar a un animal salvaje que había por ahí. Las enfermeras empezaron a hacerles muchas preguntas mientras atendían al muchacho. Le preguntaron a la chica cómo se llamaba. “Irina” les respondió la chica en voz baja. Luego, le preguntaron el nombre del chico. “Rueben”, respondió. Nadie lo sabía, pero eran Khira y Matías.

—¿Y de dónde vienen? —preguntó una enfermera.

-—No te incumbe —dijo Khira.

—¿Disculpas? Estoy haciendo las fichas, no tenés derecho a tratarme así —dijo la enfermera.

—Como digas —dijo Khira.

El doctor, que estaba atendiendo al joven, salió de la sala con una cara extraña, discretamente pidió a una asistente que llamara a la policía. Khira se acercó y le preguntó qué pasaba con Matías. El doctor le dijo que aún tenían que desinfectarlo, que no se preocupara, cosa que era mentira, Matías ya tenía las heridas desinfectadas y cosidas.

Khira se dio cuenta de lo que el doctor le dijo a la asistente.

—Ni se te ocurra —dijo Khira, cuando la enfermera estaba por tomar el teléfono.

—Pero... —dijo la enfermera, preocupada.

—Hacele caso, soltalo —exclamó el doctor, muy serio.

—Sí, soltalo —dijo Matías, que salió de la sala, sin herida alguna.

—Ruben, ¿qué... qué te pasó? —preguntó el doctor, asustado.

—¿Por qué lo dice, doc? —dijo Matías con una voz burlona.

—Tus... sus herid... —dijo el doctor, tartamudeando.

—¿Mis qué, doc? —dijo Matías, con una pequeña risa al final.

—¿Tus heridas, Rueben? —Asustado, gritó el doctor.

—Ah, se curaron —dijo Matías, sin ninguna reacción extraña.

Todos estaban pendientes de esta charla, pero, en un abrir y cerrar de ojos, Khira mató a la enfermera. No dijo nada más y se fue del lugar. Antes de salir, le pidió a Matías que se deshiciera de la enfermera, los testigos y las pruebas. Mató a todos y quemó el hospital.

Muchas preguntas surgieron. ¿Qué pasó con Matías? ¿Por qué fue al hospital? ¿Cómo un animal podría dañar a esta bestia? ¿Fue Khira, acaso, la que atacó a Matías? ¿Matías la atacó al convertirse en lobo?

—¿Cómo te curaste? —preguntó Khira cuando salieron del lugar.

—No lo sé, solo pasé la mano por mi cara —le respondió.

—Bueno, la próxima vez que esto pase, te dejaré ahí, tirado —le advirtió Khira.

Ellos vivieron mucho tiempo juntos. Ella ya estaba acostumbrada a que él siguiera con sus hábitos de lobo, pero no estaba acostumbrada a que la atacara, o eso intentase.

Unas dos semanas después de que el hospital fuera quemado, seguían buscando a los culpables. El único sobreviviente fue un niño de siete años. Él simplemente

contó que había visto a una joven matar a la enfermera, cuando ella estaba por tomar el teléfono. Describió a la chica tal y como era. Era de esperarse que esto saliera en las noticias. Circuló por todo el país. Los familiares de Khira, inmediatamente, supieron que era ella. Se contactaron con las autoridades de la ciudad. La búsqueda rápidamente se realizó. Ambos, Khira y Matías se enteraron de esto.

—Qué alivio, ¿no? Nadie sabe la verdad sobre vos —dijo Khira, enojada.

—¿Y qué esperás? ¿Que se lo diga a todo el mundo? —le respondió Matías.

—Bueno, ya está, vámonos a otro lugar, no me siento segura acá —dijo Khira.

Caminaron por mucho tiempo hasta llegar a un puente. Allí se quedaron, sentados, con los pies hacia el río. Todo parecía tranquilo, pero se empezó a hacer tarde. Siguieron allí hasta que escucharon las sirenas de la policía, muy cerca de ellos. De un momento a otro, los rodearon. Eran como cuatro patrullas de cada lado del puente. Todos los policías salieron con armas. Les pidieron que se rindiesen.

—Khira, ya está, hasta acá llegamos —dijo Matías, a punto de entregarse.

—¿Qué? Ni se te ocurra. Estamos juntos en esto, era esa la condición, de otra forma, te mataré, y lo sabés, no tengo

miedo a lastimarte —dijo Khira.

—¿Y qué sugerís? ¿Correr? Vamos a morir de todas formas —dijo Matías riéndose.

—No, yo no —dijo Khira.

Se subió a la baranda del puente. Le dio la mano a Matías y le hizo señas para que subiera.

—Nunca me voy a rendir, esto no queda acá, voy a volver, y ninguno va a salvarse —dijo Khira.

Al terminar de decir esto, se tiró al río. No se volvió a saber de ninguno de los dos.

¿Volverán?



No una sino dos

Pilar García Labarthe

Yo nunca fui muy sociable, siempre me llamaban “rarita”, “gótica” o “traumadita”. Gracias a esos insultos mi mente era, por así decirlo, “débil”. Eso le facilitó el trabajo. Tal vez parecía que estaba triste por algo, pero yo era feliz... a mi manera, claro.

—¿Me recuerdas cómo era tu nombre? —le pregunté.

—Mi nombre es Anahí, ¿y el tuyo? —dijo.

—El mío es Jane —respondí.

—Ese nombre no es muy común en esta zona, ¿verdad?

—me preguntó.

—No lo es, es que mi mamá es extranjera y de donde viene sí es más común —le respondí.

Un mes antes...

Bajé del taxi, al parecer, ahí estaba el hotel que me habían dicho, tomé mi equipaje y me dirigí hacia él. Una vez registrada, dejé mis cosas en la habitación y salí a explorar los alrededores. Ya estaba por terminar la recorrida

cuando me di cuenta de que había una especie de cobertizo, algo deteriorado.

Gracias a mi curiosidad fui a investigar ese “cobertizo”. Cuando llegué, no había mucho que mirar, además de la suciedad que estaba en casi todas partes. Estaba por irme, cuando algo llamó mi atención, era algo que brillaba, no se notaba muy bien por el polvo que tenía encima.

Me agaché para ver qué era y me encontré con un collar que tenía una piedra colgante. Por el estado en que estaba, parecía que lo habían dejado hacía unos cuantos meses ahí.

Decidí llevarlo a mi habitación para lavarlo. Una vez lavado, pude ver que la piedra que tenía era una aguamarina. Era un collar muy hermoso. Me gustó tanto que decidí ponérmelo, lo cual creo que fue la peor decisión que tomé.

De repente, me costaba controlar mis extremidades, sentía un dolor de cabeza intenso, mi respiración se entrecortaba. Pensé que me iba a desmayar, cuando, de la nada, escuché una voz en mi mente que me decía que me calmara.

—Señorita, no se altere, por favor —me decía, intentando tranquilizarme.

—Pero... ¿por qué escucho esto? ¿Quién eres? ¿Qué quieres? —pregunté desesperadamente.

—¡Por favor, tranquilícese y le explicaré todo lo que usted quiera! —exclamó.

—E-e-e-está b-b-bien —dije un poco preocupada.

—Antes que nada, mi presentación. Me llamo Anahí Benítez, tengo diecinueve años y... fui asesinada hace un año —me dijo.

—¿C-c-c-cómo que fuiste a-a-a-a-asesinada? —pregunté temblando.

—Así como lo escuchas, fui asesinada hace un año, justamente donde encontraste mi collar.

Estoy pasmada, no me lo creo ¿Estoy hablando con una persona muerta? No, imposible. ¿Me estoy volviendo loca? Es tan difícil de creer, porque estas cosas no existen, los espíritus, fantasmas o como se llamen no son reales, creo que debo ir al psicólogo.

—Bueno, ya que tú eres la única que sabe esto, te pediré que me ayudes por favor.

—¿Qué necesitas? ¿Ir al cielo o algo así? —dije sarcásticamente.

—Las personas que siguen vivas piensan que en verdad existe el cielo y el infierno, pero no es así, cuando mueres solo sientes... nada, lo que ves es oscuridad solamente —respondió.

Creo que no debí haber hecho ese chiste, la incomodó.

—Bueno... ¿para qué necesitas mi ayuda?

—Quiero que me ayudes a vengarme de las personas que le hicieron esto a mi familia y a mí —respondió.

—Está bien, pero ¿qué quieres hacer exactamente? — pregunté.

—Quiero llevarlas ante la justicia —me respondió.

Eso fue algo en lo que no debí haber creído. Me contó que el hotel en el que yo estaba era su antigua casa. Ella me siguió explicando lo que había sucedido. Me contó que su madre, padre, hermano y ella fueron asesinados por una familia de mafiosos. Dijo que su familia tenía una alta posición y que ellos buscaban hacer “negocios”.

Su familia había rechazado la propuesta. Fue por esto por lo que, durante la noche del ocho de septiembre, ocurrieron los asesinatos. Dijo que ella se había quedado en este mundo porque algo la amarraba. Ese algo era el collar, dijo que tenía un lazo sentimental con él.

Ella recordó el apellido de esa familia y quiénes fueron los que hicieron tal cosa. Según lo que me dijo, el apellido de esa familia era Gutiérrez.

—Lamento mucho lo que les ha pasado —dije.

—No lo lamente, sé que es muy triste, pero uno se acostumbra, ¿no? —me dijo.

—Sí, pero debe ser difícil vivir sin tu familia, ¿verdad? —le pregunté.

—Un poco. Extraño a mi hermano Maximiliano, en especial. Él, además de hermano, era también mi mejor amigo —me respondió.

—Ya veo —le dije.

Aceptaré ayudarla, además de que me da pena, ella tiene razón, hay que llevar a esas personas ante la justicia, no puede haber tal clase de personas sueltas por ahí.

—Sabes, te voy a ayudar, pero con una condición: no puedes poseerme totalmente —le dije.

—Está bien, aceptaré esa condición. Para empezar, necesitamos pruebas para acusarlos —me dijo.

—Está bien, pero ¿dónde las conseguimos? —pregunté.

—De su casa —me respondió.

—¿Por qué de ahí? ¿Acaso no fuiste asesinada en tu casa? —le pregunté de nuevo.

—Yo sí, pero mi madre, padre y hermano, no. Lo que pasó es que los mafiosos raptaron a mi hermano y dijeron

que si no les entregábamos \$500.000, lo iban a matar. Mi madre y mi padre aceptaron darles ese dinero, aunque todo fue una trampa. Cuando ellos tuvieron el dinero en sus manos, mataron a mis padres y a mi hermano. Luego, vinieron por mí para que yo no abriera la boca.

—Ya lo comprendo —le respondí.

—Podríamos conseguir las balas de su pistola o el cuchillo como pruebas. —Propuso ella.

—Podrían servirnos, pero si vamos a su casa, tenemos que tener Mucho cuidado —le dije.

—Sí, tienes razón, iremos en la noche. Seremos precavidas —dijo.

—Está bien, aunque sea, tenemos un plan, pero ¿dónde se ubican?

—Están en las afueras de la ciudad, cerca de la estatua de la virgen. El taxi nos puede dejar cerca, el resto del camino iremos a pie —me contestó.

—Entiendo, pero cerca de cuál de las dos vírgenes —pregunté otra vez.

—La Virgen del Dolor —me respondió.

—Creo que puedo ubicarme —agregué.

—Está bien. Ya tenemos el plan, pero esta noche no iremos, dentro de una semana, por lo menos —dijo.

—Conuerdo. —Le reconocí.

Así pasó el tiempo, durante esos días no nos quedamos de brazos cruzados, nos pusimos a investigar sobre esa familia, averiguamos que era una de las más buscadas. Decían que ya se les había prohibido el ingreso a otros países. Además, el asesinato de la familia de Anahí no había sido su primer delito, ya habían encontrado un cuerpo, al parecer, torturado por nuestros “lindos amigos”.

Encontrar esa información me hizo sentir “más segura”. Por lo que se ve aquí, ya conocen a los tres delincuentes, lo que no saben con certeza es dónde se ubican, aunque nosotras nos encargaremos de contarles eso.

Después de un par de semanas, llegó la hora de ir a esa maldita casa, sentía miedo, no creía que me iba a poner en el papel de policía. Aunque es peligroso, vale la pena el riesgo, si es que con eso ya no harán más brutalidades.

—Bueno, creo que se hace tarde, además, la casa está lejos —dije.

—Sí, tienes razón —me dijo.

Nos pusimos en marcha. En los siguientes minutos ya vimos la estatua de la virgen, bajamos del taxi y seguimos

el camino a pie. Luego de un corto tiempo, empezamos a ver la casa de “tales personitas”.

Nos acercamos al garaje e intentamos no hacer ruido, lo primero que vimos fue un auto negro. Decidimos anotar la patente en un cuaderno que habíamos llevado. Luego de buscar ahí, no había mucho más que anotar. Decidimos marcharnos. Nos dirigimos a una pequeña construcción que estaba a unos metros de la mansión, entramos y lo que vimos fue que parecía estar abandonada y con un hedor horrible a algo muerto.

Buscamos alrededor y lo que encontramos fue precisamente un cuerpo, parecía que lo habían matado hacía tiempo, aunque el cuerpo todavía no terminaba de descomponerse. Nos acercamos.

—¡Maxi! —gritó.

Al parecer, Anahí encontró el cuerpo de su hermano, yo jamás en mi vida había visto un cadáver, sentía como todo mi cuerpo empezó a temblar. Me sentía fría, congelada, definitivamente una sensación que nadie debería experimentar.

Anahí controló mi cuerpo e hizo que me acercara aún más a ese cadáver, algo que yo no quería hacer, yo no controlaba mi cuerpo, era Anahí quien lo hacía, yo no podía moverme, no podía hacer nada.

Pero ¿qué me está pasando? No me puedo mover, ¿Anahí acaso está controlado mi cuerpo? No pienso dejar que lo haga más.

Rápidamente reaccioné de manera muy brusca y volví a tener el control de mi cuerpo.

—Pero... ¿qué te pasa? —exclamé.

—Lo siento, es que me sorprendí tanto al ver a mi hermano así que te controlé. Lo siento. —Se disculpó.

—Está bien, lo entiendo, pero te prohíbo hacerlo de nuevo. —Le reproché.

—Sí, comprendo, perdona de nuevo —me dijo.

Vaya, por un momento me sentí como si yo fuera el fantasma en lugar de Anahí, qué rara sensación.

Decidimos investigar el cuerpo y lo que encontramos fue que tenía como puntos en su pecho, a simple vista, parecía que lo mataron a balazos.

—Por cómo se encuentra esto, se puede decir que desde que mataron a tu hermano, no entran aquí —dije.

—Al p-p-p-arecer s-s-sí —dijo un poco inquieta.

Se siente muy incómoda, aunque es normal, no todos los días ves el cadáver de tu hermano o un ser querido, me da pena, pobrecita.

Continuamos caminado hasta llegar a la parte de atrás de la mansión, encontramos una ventana abierta y decidimos aprovechar para entrar. Cuando ya estábamos adentro, sentí una sensación parecida a la que había sentido antes, esa incomodidad, esa duda de saber qué estaba haciendo.

Caminé lento para no hacer ruido, cuando, de repente, escuché un ladrido que cada vez se oía más fuerte, me di la vuelta y vi que un dóberman se dirigía hacia mí. Por un acto reflejo, salí corriendo lo más veloz que pude.

Cuando ya estaba cansada de correr, me di cuenta de que había muchas puertas, tomé la arriesgada decisión de entrar en una de ellas, esquivé al animal como pude y me metí en una. Cuando entré, estaba todo oscuro e intenté encontrar un interruptor para encender la luz.

De repente, la luz se encendió sola sin que yo tocara nada. Giré bruscamente y vi a un hombre. Su presencia hacía que me temblara todo el cuerpo, cuando, de repente, Anahí tomó valor e hizo lo único que le pedí que no hiciera. Volvió a poseerme sin que yo se lo permitiera.

—Hola, de nuevo. ¿Me recuerdas? —dijo Anahí.

—No soy bueno con las caras, lo siento —respondió sarcástico el mafioso.

—Bueno, yo soy una de tus víctimas: Anahí. ¿Te suena?

—respondió con un tono seguro.

—Puede ser. Benítez ¿tal vez? —le respondió un poco preocupado.

—Correcto, y espero que estés listo, eso que les hiciste a mis padres tú lo sufrirás el triple —dijo de modo amenazador.

—Pero... ¿cómo puedes ser ella? A ella la hemos matado, estoy seguro —dijo asustado.

—Sí, y no te equivocas, yo ya estoy muerta, y eso me da toda la ventaja que necesito —le respondió con seguridad.

—Ehhh... esta chica me está asustando, ni siquiera sé si lo que me dice es real. —Pensó el hombre que se quedó mudo.

De repente, Anahí, usando sus “poderes”, empujó al mafioso contra la pared sin siquiera tocarlo. El mafioso sacó un arma e intentó dispararle, pero ella logró quitársela y lo golpeó con la pistola.

Ese golpe fue tan fuerte que se quedó inconsciente, Anahí elevó al mafioso hasta el techo y luego lo estrelló contra el piso con mucha fuerza. Lo siguió golpeando contra todas las paredes de la habitación hasta que decidió dejarlo. Su cara estaba totalmente desfigurada y aparentaba estar muerto.

Ay, no. Anahí se está pasando, nuestro trato era solo lograr que fuera a la cárcel, no matarlo. Esto definitivamente no me gusta para nada. Además, ella me prometió no poseerme. Ponerme este maldito collar fue el peor error de mi vida.

—Vaya idiota que fuiste, te merecías la muerte —dijo.

Anahí siguió caminando a un paso muy seguro buscando a los otros por la casa. En ese momento, el perro de antes se nos apareció de frente, venía corriendo hacia nosotras, pero ella ni se inmutaba. Cuando estaba ya cerca de nosotras, el perro disminuyó su velocidad.

Cuando el animal ya estaba frente a nosotras, bajó las orejas y la cabeza y metió la cola entre las patas. Empezó a llorar, se movió a un lado para que Anahí pasara y luego se fue corriendo.

Anahí siguió en busca de los otros hasta que se escuchó un grito.

—¡¡¡Oh, por Dios!!! —Alguien gritó.

Cuando escuchamos ese grito, corrimos hacia la habitación de antes. Al entrar, encontramos a un hombre que, cuando nos vio, puso una cara de espanto terrible y salió a correr.

Lo perseguimos. Corrimos muy rápido hasta que Anahí se detuvo. Ella levantó el brazo e hizo que el hombre se

detuviera y no se pudiera mover, lo atrajo hacia ella y lo tomó del cuello.

Lo miró directamente a los ojos y dijo:

—Qué mala suerte la tuya, si no hubieses gritado...

—¿Qué me harás? —preguntó tosiendo un poco.

—Nada personal, bueno, no sé si es personal o no, solo sé que vas a morir —le respondió.

Cuando Anahí dijo eso, metió sus dedos dentro del cuello del hombre, le arrancó la tráquea y la dejó fuera de la garganta. Lo dejó en el piso y se fue sin decir nada.

Sabíamos perfectamente que eran tres los involucrados, así que seguimos buscando a una persona más. Pero Anahí se estaba cansando, puesto que ya llevábamos unos veinte minutos hasta que se le agotó su paciencia.

—¡Ay ¡Ya me cansé, vamos a quemarlo todo y punto! —gritó.

No me digas que Anahí quiere quemar la casa. Esto no puede estar peor, además, no puedo hacer nada, ella no me deja ni moverme. No puedo interferir, me fastidia no poder hacer nada.

Salimos de la mansión y nos quedamos mirándola hasta que Anahí levantó los brazos y, de repente, una parte de esa casa empezó a arder. Y en pocos segundos la mayor parte ya estaba envuelta en fuego. Fue en ese momento

cuando vimos, entre algunas llamas, la figura de una persona.

Corrimos hacia la mansión. Entramos y fuimos al lugar donde habíamos visto esa figura y precisamente ahí estaba nuestra última persona.

—De ti me acuerdo, tú fuiste mi asesino, maldito —dijo Anahí, mirándolo con odio.

—Creo que estás loca, tú estás viva —le respondió.

—Sí, y estoy loca, loca por matarte.

Una vez dicho esto, Anahí levantó a este hombre y se lo quedó mirando.

—¿Quién eres tú? —dijo el hombre.

—Soy Anahí, espero que te acuerdes.

—Me suena el nombre —le respondió.

—Bueno, espero que hayas disfrutado tu vida, porque está por acabar —dijo.

Luego, Anahí, usando sus poderes, estiró las extremidades del hombre hasta arrancárselas. En otras palabras, lo descuartizó. Salimos corriendo de la casa ya que se estaba quemando y nos fuimos de ese lugar.

—Te puedo preguntar, ¿por qué demonios hiciste eso?!

—le grité furiosa.

—Y, ¿por qué no? —respondió.

—Nuestro trato no era así, acordamos llevarlos ante la justicia —le respondí.

—Bueno, qué se le va a hacer, el enojo se apoderó de mi cuerpo —me dijo.

—Este no es tu cuerpo, es el mío.

—Eres demasiado pesada, además, fue...divertido —dijo con una voz rara.

—¿Cómo que divertido?

—Sí, fue divertido, hasta lo haría otra vez —dijo con un tono raro.

Ya en el presente...

Y así fue como Anahí siguió matando, también gente inocente. Ella estaba loca y no me dejaba hacer nada, yo tan solo miraba. Me volví su esclava. Los policías nunca nos podían encontrar, nunca dejábamos rastros ya que Anahí usaba sus poderes.

¿Y yo? Sigo aquí, esperando a que alguien se le ocurra sacarme el collar o que se rompa, mientras tanto, me toca

esperar sin poder hacer nada, sin poder hablar con nadie, bueno, solo con una persona.

—¿Me recuerdas como era tu nombre? - le pregunté.

—Mi nombre es Anahí, ¿y el tuyo? —dijo.

—El mío es Jane —respondí.

Solo puedo hablar con ella, aunque sea, no estoy sola, ya que no somos una sino dos.

Fin





La encrucijada

Belén Mencia

00.00 am, a esa hora nadie camina por los senderos... o bueno, casi nadie.

Eso no aplicaba para Anna, que no iba solamente para apreciar la hermosa noche. Digamos que hacía algo más sombrío: llevaba una caja de madera. Apenas a unos pasos de la encrucijada, paró en seco.

Lo pensó un poco, pero... las circunstancias no le daban alternativa, siguió hasta el centro de la encrucijada donde se arrodilló y abrió la caja que tenía un contenido muy particular. Esta contenía cabello de muerto, garras de perro, dientes de caballo y una foto de Anna.

Extendió su mano a medida que sacaba un cuchillo, acercó el objeto a su muñeca y... un líquido rojo carmesí cayó sobre su foto. Anna cerró la caja, se vendó la mano y enterró la caja... Ahora... a esperar.

3:00 am. Anna se encontraba impaciente.

Durante tres horas se sentó a esperar, se paró y ya se disponía a marchar. Apenas volteó, se encontró con un hombre.

Era muy guapo, de cabello negro, peinado hacia atrás, pero con algunos mechones rebeldes que caían sobre su frente. En su notable y formado cuerpo llevaba un traje negro. También lucía unos hermosos ojos color avellana, hipnotizantes.

—Dime, ¿qué desea tan bella joven? —preguntó con una voz grave y suave al mismo tiempo.

—¿Tú eres quién cumplirá mi deseo?

—¿Qué? ¡No! ¿Acaso tengo cara de un estúpido duende que anda cumpliendo caprichos? Esos elfos multicolores y nosotros no nos llevamos bien...en fin... Nosotros les decimos tratos... debido a que pedimos algo a cambio...

—dijo, finalizando su pequeño momento de enojo.

—Entonces, ¿qué quieres de mí?

—Tu alma. ¿Qué puedo ofrecerte a cambio? ¿Dinero?
¿Amor?

—Mi madre tiene cáncer.

—¿Quieres que la cure?

—Se supone que para eso te llamé.

—Entonces, ¿estás dispuesta a cambiar tu alma por la vida de tu madre?

—Sí.

—Los humanos son tan estúpidos... Bien, cerremos el trato. —La acercó a él y la besó.

—¿Qué fue eso!? —preguntó ella, apartándolo de repente.

—Con un beso, cerré el trato.

Y así como apareció, desapareció.

¡BIP!

Anna recibió un mensaje:

POR CIERTO, OLVIDÉ DECIR QUE EN DIEZ AÑOS
COBRARÉ MI PARTE DEL TRATO.

XOXO, EL
HERMOSO HOMBRE DE LA ENCRUCIJADA.

De acuerdo con la última parte del mensaje, en 10 años ella perdería la vida.

Diez años después...

Anna pasaba sus últimos momentos con su madre.

—¿Por qué lo hiciste? —decía su madre en pleno llanto.

—No podía confiar en Dios... Él me falló con papá... Además, estabas muriendo —decía la joven también empapada en lágrimas.

—Sabes —Su madre, Laura, empezó a secarse las lágrimas—... Llamé a alguien. Lo cuidé cuando era pequeño, en fin, creo que él puede ayudarte.

En ese momento, sonó el timbre de la casa.

Anna se dirigió hacia la puerta. La abrió y se encontró con Thiago, su amigo de la infancia. No lo había visto desde los nueve años. Pero... ¿cómo ayudaría él?

—Hola, Anna —dijo.

Thiago, sin más, se dirigió hacia donde se encontraba Laura, la saludó y le indicó a Anna que se sentara junto a su madre.

—Bien... —Thiago soltó un suspiro pesado—. Hiciste un trato... lo más probable es que vengan por ti perros del infierno.

Buscó en la mochila que cargaba con él y extrajo un pequeño saquito de cuero.

—Lo único que los detiene son sus amos y tierra de tumba.

Abrió la bolsa y con su contenido hizo un círculo.

Con un movimiento rápido guardó la bolsa y nos indicó que entráramos.

—Dime, ¿cómo ayuda un círculo de tierra?

—Los perros del infierno no pueden pisar tierra santa, entonces no pueden atravesar un círculo de esto.

—¿Y qué hacemos ahora? —Esperar.

03:00

Todo parecía tranquilo, Laura rezaba, Anna solo veía cómo Thiago armaba una pistola con grabados.

Golpes...más golpes....

Anna y Laura intercambiaron miradas de preocupación, Thiago se levantó y, con un rápido movimiento, el arma que portaba estaba lista para disparar.

No se escuchaban más que ladridos y gruñidos de perros, además de sonidos de pasos.

De repente, se pudo contemplar la figura del demonio portando, como la última vez que lo vieron tanto Thiago como Anna, su típico traje, además de que a su lado se encontraban dos perros de raza dóberman. Thiago intentaba cazar a ese demonio desde que había empezado a ser cazador. Ese demonio lo había sumergido en un mundo donde ya no confiaba en nadie, donde no tenía una casa ni familia propias, donde... no tenía a su madre. El demonio frente a él se llamaba Arik y había asesinado a la madre del joven. Su padre, por esto, había empezado a cazar a ese demonio. Cuando el hombre murió, Thiago decidió seguir con la cacería que nunca había terminado.

Ahora bien, podía matarlo de una vez por todas o podía morir en las garras de ese demonio.

—Vaya... Thiago, no pensé encontrarte hoy.

—Pues yo sí —lo apuntó con la pistola.

—Veo que te tragaste ese cuento de la pistolita. —Se ríe.

— Ataquen.

Los perros se dirigieron hacia Anna y Laura, pero se detuvieron en cuanto notaron el círculo de tierra. Empezaron a dar vueltas alrededor de ellos.

Mientras tanto, Arik y Thiago forcejeaban, debido a que Arik había logrado quitarle el arma a Thiago. En un movimiento brusco, Arik había logrado posicionarse sobre Thiago y se dio cuenta de que perdería la vida cuando Arik sacó sus garras y las acercó a su cuello. Su final llegaba y en su desesperación por salvar a su amiga antes de morir dijo:

—¡¡¡Quiero hacer un trato!!! —gritó.

—¿Qué?

—Liberarás a Anna del contrato y me dejarás ir, a cambio de que en diez años vengas por mi alma.

—¿Me ves la cara de idiota? —dijo serio, pero con un notable brillo en sus ojos... un brillo de diversión.

—¡¡¡No!!! —gritó Thiago, sintiendo más presión en su cuello.

Arik pareció pensarlo y, con una sonrisa, lo miró con más diversión que nunca.

—Liberaré a Anna del contrato, pero... tú me acompañarás al infierno.

La cara de Thiago hacía que el demonio se sintiera mejor que nunca.

—Y bien, ¿tenemos un trato?

Thiago vio a Anna, ella había dejado de creer en Dios cuando su padre murió por culpa del cáncer. Ella había rezado cada vez que podía para que lo salvara, pero lo inevitable sucedió. El cáncer se había llevado la vida de ese buen hombre... Volteó a ver a Arik, lo que iba a hacer era una locura, probablemente lo torturaría de las peores maneras, pero...

—Acepto —dijo.

Arik sonrió, lo besó igual que como la había besado a Anna y salió de encima de él. Los perros se acercaron a Arik y veía como Thiago se paraba y dedicaba una última sonrisa a Laura y a Anna. Se paró al lado

de Arik y, de repente, se vio a sí mismo en lo que parecía el lugar más horrible del mundo. Observó lo que parecían personas llorando, gritando, siendo torturadas, un caos. Lo único que podría destacar era el enorme castillo alzado en el centro de esa horrible escena. Arik y los perros se dirigieron a la estructura mientras que Thiago solo se dedicó a seguirlos...Mientras Anna y Laura solo podían ordenar el desastre y rezar para que a Thiago no le pasara nada...



La tragedia de una familia



Ximena Benítez

Esto ocurrió allá por 1995 en un pueblo alejado de la ciudad, llamado San Nicolás. Allí vivía la familia Bering, constituida por la señora Anabel Lisa Bering, de veintinueve años; el señor Richard Esteban Bering, de treinta y cuatro años y sus hijos Cristian Marcos Bering, de diez años y Anahí Elizabeth Bering, de cinco años. El señor Bering era granjero y la señora, ama de casa. Esta familia sufrió una terrible tragedia, una muerte con la cual se completaron trece asesinatos ocurridos en esa casa. Los vecinos la llamaban “La casa de las muertes”.

Al siguiente año, un joven llamado Lucas, de diecinueve años, se mudó junto a su familia al pueblo, más precisamente, a aquella casa. Cierta día, encontró por casualidad un diario en el que no se podía ver la fecha de la publicación. Lucas, al leer el contenido del diario, encontró una noticia que llamó su atención más que el resto de las cosas que se encontraban escritas. Era la noticia sobre la cantidad de muertes ocurridas en aquella casa. Esto lo llevó a investigar el motivo por el que en este lugar sucedían tantas desgracias y porqué casi nadie sabía cómo las personas que habían vivido en ella morían.

Lucas día a día investigaba más y más hasta que cierta vez encontró en el sótano un cartel extraño que decía: “El fin se acerca”. Entonces, en ese momento, se dio cuenta de que este cartel estaba incompleto, roto, partido a la mitad y esto lo llevó a adentrarse más en el misterio buscando la parte que faltaba del cartel. Lucas investigaba sin parar. De día recorría la ciudad buscando pistas y por las tardes iba a la biblioteca para ver si encontraba alguna información que le fuese útil para resolver el misterio.

Una noche, en la biblioteca, encontró un libro lleno de polvo, estaba roto y le faltaban páginas. Trataba acerca de una casa cuyas características eran bastantes parecidas a la de “La casa de las muertes”. Entonces, Lucas empezó a leer y lo que encontró lo sorprendió muchísimo: esta casa no estaba habitada por un demonio o espíritu como él creía, sino que se trataba de una persona que vivía escondida en la casa, que era herencia de su familia. Pero el intendente del pueblo, un hombre verdaderamente oscuro, se adjudicó la casa a través de maniobras ilegales y, al morir la familia de esta persona, hizo que todos los meses le tuvieran que pagar para poder seguir viviendo en ella. Como no tenía dinero, lo echaron, pero él volvió y se escondió en la casa para matar a todo aquel que se mudara y quedarse definitivamente allí.

Las familias que se mudaban a esta casa desconocían esa historia y su destino siempre era el mismo: la muerte. Esta persona los iba decapitando durante la noche cuando dormían y escondía los cuerpos para que nadie descubriera el motivo de sus muertes. Si alguna vez hubo

personas que rondaban de noche y lo descubrían, el malvado hombre los amenazaba con tener el mismo destino.

Lucas, entonces, esa noche se fue a dormir pensando en lo que había leído. Al día siguiente, encontró en el patio trasero, debajo de unas viejas maderas, la parte faltante del cartel y descubrió que decía: “El fin de los descuentos se acerca”. Pista falsa.

En la tarde de ese mismo día, Lucas se puso a ver si podía encontrar algún nuevo indicio en la biblioteca y, después de horas y horas de búsqueda, descubrió que aquel libro no era como todos los demás, sino que era un diario perteneciente a una persona amenazada de muerte por el asesino. Sabiendo esto, Lucas se concentró en encontrar la identidad y dirección del dueño del diario, pero esto iba a ser difícil, porque el diario ya era viejo y estaba gastado, por eso no se llegaba a ver el nombre de su dueño.

Después de varios días, mientras caminaba por el pueblo, notó cerca de la biblioteca a un hombre que actuaba extraño, no quería hablar con nadie, pero lo que sí hacía era mirar a Lucas. Lo miraba insistentemente. Lucas no entendía y, al principio, no le hizo caso, pero cada vez que pasaba por el lugar sucedía lo mismo. Esto lo hizo pensar y decidió hablar con el hombre.

—Señor, este diario, ¿es de usted?

—No, no es mío. ¿Por qué lo preguntas y de dónde lo sacaste?

—Lo encontré en la biblioteca. Se lo pregunté porque usted me estaba mirando de manera extraña y noté que también observaba el libro.

—Ese no es motivo para que sospeches de mí.

Entonces Lucas se disculpó y le preguntó su nombre.

El hombre, extrañado, al principio no se lo quería decir, pero ante la insistencia de Lucas se lo dijo:

—Mi nombre es Alberto Manuel Bering.

Esa misma noche, Lucas, con el libro a su lado, intentaba descifrar el nombre de su autor. Primero vio una *A*, luego una *L* seguida de una *B*, *E*, *R*, *T*, *O*. Para descifrar estas letras, tardó horas y todavía le faltaban dos palabras más. Lucas no se quería ni imaginar todo lo que se tardaría, pero cuando finalmente lo logró, se dio cuenta de que decía Alberto Manuel Bering. Sorprendido, se fue a dormir pensando por qué el hombre no le dijo que él era el dueño. Al día siguiente, Lucas volvió a esa casa y le mostró el libro al hombre y, como no se le ocurría ninguna excusa, se lo confesó, finalmente:

—Me descubriste, ese diario es mío.

—¿Es verdad todo lo que escribió ahí? —le dijo Lucas.

—No te lo puedo decir.

—Mire, si usted me ayuda, terminaremos mandando a ese demente a la cárcel antes de que termine el día para que usted no sufra ningún daño, se lo aseguro —dijo Lucas.

—Está bien, todo lo que escribí es cierto, cada una de las palabras.

—¿No tiene algún mapa que indique dónde se oculta el asesino? —le preguntó Lucas.

—Sí, hace tiempo hice uno que no solo indica dónde se oculta, sino también dónde oculta los cuerpos.

—Bueno, empezaremos mañana —dijo Lucas.

—¡No! ¡De ninguna manera! —dijo el hombre exaltado—. Él me espía, seguro ya sabe lo que vamos a hacer y esta noche me asesinará.

—Entiendo tu miedo —dijo Lucas—. Así que empezaremos ahora.

El hombre se sintió aliviado y junto con Lucas emprendieron la búsqueda. Primero se concentraron en encontrar al asesino y luego se ocuparon de los cuerpos para que pudieran ser enterrados dignamente como cualquier ser humano se merece.

Idearon un plan. El hombre le dijo a Lucas que de día el asesino dormía para que de noche tuviera la suficiente

fuerza para decapitar a sus víctimas. Eso los ayudó, porque sería más fácil atraparlo. Con todo el plan listo, se decidieron a entrar por la puerta de atrás y, con ayuda del mapa, llegaron rápido al escondite del asesino. Lograron capturarlo ya que lo tomaron por sorpresa y enseguida llamaron a la policía del pueblo para que las autoridades se encargaran de definir si le correspondía un manicomio en la ciudad o la prisión.

Tal como lo habían pensado, y después de la investigación judicial, fueron ellos los que se ocuparon de dar sepultura a los cuerpos de esas personas que murieron sin ningún sentido.

Finalmente, cuando Lucas junto con sus padres y Alberto Manuel Bering fueron a hacer los papeles de todas esas personas, el joven se dio cuenta de que el hombre que lo ayudó era, en realidad, el hermano de la víctima número trece del asesino. Luego de todo lo que pasaron, la tranquilidad llegó por fin a la familia y al pueblo.



ÍNDICE

El horno, de María Irupé Acuña	Página 9
El día en que todo cambió, de Rosario Palacios	Página 13
Historia de hechos reales, de Alma Olmedo	Página 17
El huérfano, de Francisco Luis Sanabria	Página 23
La historia de la familia Cáceres, de Luciana Soria	Página 29
La historia de la niña más bella, de Fiorela Duarte	Página 33
Un portal al inframundo, de Sofía Cuellar	Página 37
Khira Gundersen, de Catalina Barrios	Página 43
No una sino dos, de Pilar García Labarthe	Página 63
La encrucijada, de Belén Mencia	Página 79
La tragedia de una familia, de Ximena Benítez	Página 87

 ***Vuelta a la página***

Este libro se terminó de imprimir en
Abril de 2018
Buenos Aires - Argentina
vueltalapagina.com

Las historias de miedo han estado presentes desde el principio de los tiempos en todas las culturas. Los relatos con monstruos, fantasmas o hechos inexplicables nos han atrapado siempre. Pero, ¿a qué obedece esa especie de fascinación con el miedo? Y es que el miedo es una de las emociones que más moviliza. Nos genera incluso síntomas físicos. Al escuchar un relato de miedo nuestro pulso se acelera, nuestra respiración se entrecorta, nuestras pupilas se dilatan. Y el final de la historia nos deja ese incómodo interrogante: ¿será posible? Y como no queremos que las historias se terminen nos pusimos a escribir nuevas.

Este libro surgió como resultado de tardes de lectura compartida en el Taller de apoyo escolar brindado desde el I.S.F.D "Félix Atilio Cabrera", a los alumnos de primero y segundo año del Nivel Secundario. La lectura como acto de amor, pasión, ganas y tiempo ha sido puesta en acto en estos espacios, con el compromiso sostenido desde la institución, de formar nuevos lectores. Sembrar la semilla del deseo de leer y cuidar su crecimiento. Este libro se convierte, de este modo, en muestra de la fascinación de los chicos por la literatura, de su inmediata afición -una vez encendida la llama- hacia la lectura y, además, su enorme talento para la escritura creativa.

Andrea Casco

◆ *Vuelta a la página*

